



OBRA LITERARIA

Gérard de Nerval

Poesía y
prosa literaria

Traducción, prólogo y notas
de Tomás Segovia

Espíritu atormentado, Gérard de Nerval se refería a la locura como «el derramamiento del sueño en la vida real». No conoció en vida el éxito, pero su obra influyó decisivamente en el surrealismo y está considerada como uno de los pilares fundacionales de la literatura moderna.

Por primera vez se presenta su obra literaria completa en espléndida traducción del poeta Tomás Segovia. La poesía completa: *Las quimeras, Otras quimeras, Pequeñas odas y Poesías diversas*. Y la prosa: *Las hijas del fuego, Pandora, Aurélia, Cuentos y chanzas, Los iluminados y Dos cuentos orientales*.

Índice de contenido

Cubierta

Poesía y prosa literaria

Prólogo

Nota a la traducción

Poesía

Las Quimeras

El Desdichado

Myrtho

Horus

Anteros

Délfica

Artemisa

Cristo en los olivos

I

II

III

IV

V

Versos dorados

Otras Quimeras

La cabeza armada

A Elena de Mecklemburgo

A la señora Sand

A la señora Ida Dumas

Myrtho

A Louise d'Or., reina

A J—y Colonna

A la señora Aguado

Erythrea
Pequeñas odas
Nobles y lacayos
Despertar en coche
El relevo
Un paseo por el Luxemburgo
Notre-Dame de París
¡En los bosques!
La puesta del sol
Abril
Fantasía
La abuela
La prima
Pensamiento de Byron
Alegría
Política
Las mariposas
I
II
III
El punto negro
Ni buenos días ni buenas noches
Las Cidalisas
Poesías diversas
Melodía
Estancias elegiacas
Melodía irlandesa
¡Déjame!
Romanza
Resignación
De Ramsgate a Amberes
Ensoñación de Carlos VI
A Victor Hugo
La abadía Saint-Germain-des-Prés
Una mujer es el amor
Al señor Alexandre Dumas

A la señora de Enrique Heine
Señora y soberana
Epitafio

Prosa literaria
Las hijas del fuego
A Alexandre Dumas
Angélique
Primera carta
Segunda carta
Tercera carta
Cuarta carta
Quinta carta
Sexta carta
Séptima carta
Octava carta
Novena carta
Décima carta
Undécima carta
Duodécima carta
Sylvie
I. Noche perdida
II. Adrienne
III. Resolución
IV. Un viaje a Citerea
V. El pueblo
VI. Othys
VII. Châalis
VIII. El baile de Loisy
IX. Ermenonville
X. El grandullón de los rizos
XI. Regreso
XII. El tío Dodu
XIII. Aurélie
XIV. Última página
Octavie

Isis

I

II

III

IV

Corilla

Pandora

[1. Maria-Hilf]

[II-III]

[IV. La Kathl]

V

[VI. «Memorabilia» (El sueño)]

[VII. Un duelo. «Dos palabras (en el bosque)»]

Aurélia

Primera parte

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

Segunda parte

I

II

III

IV

V

VI

Memorables

Cuentos y chanzas

La mano encantada

I. La plaza Dauphine

- II. De una idea fija
- III. Los gregüescos del magistrado
- IV. El Pont-Neuf
- V. La buena ventura
- VI. Cruz y miserias
- VII. Miserias y cruz
- VIII. El papirotazo
- IX. El Château-Gaillard
- X. El Pré-aux-clerics
- XI. Obsesión
- XII. De Alberto el grande y de la muerte
- XIII. Donde el autor toma la palabra
- XIV. Conclusión
- El monstruo verde
- I. El castillo del diablo
- II. El sargento
- III. Lo que siguió de ello
- IV. Moraleja
- V. Lo que había sucedido con el monstruo verde
- Historia verídica del patobulo
- El asno de oro
- I. Un alma sin cuerpo
- II. Sesión humanitaria
- III. Para qué sirve el latín
- IV. El cacique
- V. El baile de la Ópera
- Conclusión
- El conde de Saint-Germain
- I. Un alma sin cuerpo
- II. El embalsamador
- III. Esclarecimientos
- Retrato del diablo
- Los iluminados
- La biblioteca de mi tío
- El rey de Bicêtre
- I. La imagen

- II. El reflejo
- III. El poeta de corte
- IV. La evasión
- V. El mercado
- Historia del abate de Bucquoy
- I. Una taberna en Borgoña
- II. El For l'Évêque
- III. Otras evasiones
- IV. El capitán Roland
- V. El infierno de los vivos
- VI. La torre del rincón
- VII. Otros proyectos
- VIII. Últimas tentativas
- IX. Conclusión
- Su último papel
- Las confidencias de Nicolas
- Primera parte
- I. El palacio de Holanda
- II. Lo que era Nicolas
- III. Primeros años
- IV. Jeanette Rousseau
- V. Marguerite
- VI. El aprendizaje
- VII. La estrella de Venus
- VIII. La sorpresa
- IX. Epílogo de la juventud de Nicolas
- Segunda parte
- I. Septimanie
- II. Episodio
- III. Zéfiro
- IV. Sara
- V. Los matrimonios de Nicolas
- Última parte
- I. La primera novela de Restif
- II. Las novelas filosóficas de Restif
- III. Las obras confidenciales de Restif

IV. Restif comunista. Su vida durante la Revolución

V. Una visita a Mirabeau

VI. La vejez del novelista

Jacques Cazotte

I

II

III

IV

V

Mi sueño de la noche del sábado al domingo de antes de
San Juan 1791

Cagliostro

I. Del misticismo revolucionario

II. Los precursores

III. Saint-Germain - Cagliostro

IV. La señora Cagliostro

V. Los paganos de la república

Quintus Aucler

I. Saint-Denis

II. La fiesta del Ser Supremo

III. Los meses

IV. Los ritos

Dos cuentos orientales

Historia del califa Hakem

Preámbulo

I. El haxix

II. La penuria

III. La dama del reino

IV. El moristán

V. El incendio de El Cairo

VI. Los dos califas

VII. La partida

Historia de la Reina de la Mañana y de Solimán, Príncipe de
los Genios

I. Adoniram

II. Balkis

- III. El templo
- IV. Mello
- V. El mar de bronce
- VI. La aparición
- VII. El mundo subterráneo
- VIII. El lavadero de Siloé
- IX. Los tres compañeros
- X. La entrevista
- XI. La cena del rey
- XII. Makbenac

Bibliografía

Libros de Gérard de Nerval

Algunas traducciones al español

Autor

Notas

Prólogo

El pequeño Gérard Labrunie (futuro Gérard de Nerval) tenía cuatro años en 1812, el año en que se desmorona el sueño napoleónico. Dos años más tarde, su padre, médico militar del ejército derrotado, regresa al apacible pueblo de Loisy, donde el niño llevaba una sonriente existencia entre una tía soltera y un tío-abuelo bondadoso y raro. Él mismo ha contado esa escena inquietante en que unos soldados oscuros y barbudos, sucios y exhaustos, interrumpen sus juegos infantiles para alzarlo en brazos y besarlo rudamente. Le señalan a uno de ellos diciéndole que es su padre. Lo único que el niño puede articular es: «Padre, me haces daño». Son muchos los escritores románticos franceses que han relatado escenas de infancia casi idénticas a ésta. Da la impresión de que todos los padres de la Francia de entonces hubieran sido soldados de Napoleón, cosa que no está tan alejada de la realidad. No es de extrañar que haya sido esa generación la que creó el mito napoleónico, seguramente el único mito histórico de la modernidad comparable por su fuerza con los de la Antigüedad.

Pero la riqueza del caso de Nerval consiste en que es a la vez enteramente típico y completamente aparte. Y lo es, para empezar, por la vida que tuvo (esa vida que coincide con la de las restauraciones francesas, entre un Napoleón y el otro). Nacido en París en 1808, había sido confiado casi desde el principio a un ama de cría, en el campo. Tenía poco más de un año cuando sus padres partieron, siguiendo al ejército napoleónico, hacia Alemania, donde dos años

después, cerca de la frontera polaca, murió la madre. De esta enorme ausencia la obra de Nerval habla muy poco, pero todos los comentaristas están de acuerdo en que su sombra la cubre toda. Con ella tienen que ver sin duda los conflictos de identidad de Nerval, sus problemas en la relación con las mujeres, su locura, como también la obsesión de la mirada vuelta siempre hacia el Oriente, empezando por el Oriente contiguo: Alemania («madre de todos nosotros», la llama él), y hasta el pseudónimo con que pasó a la historia, sacado de una pequeña propiedad de la familia materna, el *dos de Nerval*, pero que es también la inversión del apellido de soltera de su madre, Laurent (que en francés del siglo XVI hubiera podido escribirse Lauren o Lavren).

Instalado con su padre en París, no muestra ninguna inclinación por la carrera de médico a la que lo destinaba el doctor Labrunie. En cambio, siendo todavía estudiante de liceo, publica «elegías nacionales» y sátiras políticas no muy originales, y bruscamente, a los diecinueve años, se hace célebre con una traducción del primer *Fausto* de Goethe, realizada con mucho talento y muy poco conocimiento del alemán (es la que usó Berlioz en su ópera *La condenación de Fausto*). Se trata por lo demás de una celebridad muy relativa, que durante el resto de su vida Nerval se esforzó inútilmente en ensanchar, pero suficiente para introducirlo en los círculos brillantes y bohemios de los jóvenes románticos parisienses. Dumas y Gautier son sus amigos constantes, aunque no siempre cuidadosos. Con ellos comparte una existencia juvenil intensa y desordenada que añorará toda la vida; con ellos se inicia en el asedio agotador a los dos bastiones del éxito literario de la época: el teatro lírico y el incansable periodismo literario. Colabora con Dumas en todos sus fracasos teatrales y no le toca nada de sus éxitos; convive con Gautier en la sala de redacción del folletón literario y teatral de numerosos periódicos, pero muere antes de recoger los frutos de esa esclavitud, y hasta de los favores otorgados por las alegres beldades,

actricitas y modelos, que revoloteaban en nutridos enjambres en torno de aquel grupo del callejón del Doyenné, parece haberle tocado la porción más modesta.

La generación de Nerval es sin duda en Francia la primera generación de escritores-periodistas profesionales en el sentido actual de esa noción. Sus amigos íntimos Théophile Gautier y Alexandre Dumas viven como él de colaboraciones casi cotidianas en los periódicos, de efímeros éxitos teatrales, de letras para operetas, de traducciones. De vez en cuando dan forma de libro a alguna novela o a lo que ahora llamaríamos un gran reportaje, y a veces a alguno de ellos le cae la lotería del éxito (a Nerval nunca). Pero incluso esos reportajes y esas novelas están casi siempre ligados al periodismo: son primero novelas por entregas o artículos seriados. Asomarse a la vida de aquellos jóvenes da verdadero mareo: es un vértigo de salas de redacción, de talleres de imprenta, de estrenos e inauguraciones, de viajes que son ya de «reporteros», de entrevistas con empresarios de teatros y casas editoriales.

Y sin embargo esa vida angustiosa tiene lados para nosotros envidiables. El lugar del escritor en la sociedad está cambiando profundamente y durante un efímero periodo ese lugar adquiere una ductilidad y una relativa independencia que no volverán a repetirse. Acaba de nacer el público en el sentido pleno de la palabra, gracias a la generalización de la educación, al enorme salto de la alfabetización, a la idea democrática de la sociedad que no siempre se impone en lo político pero cada vez más en las conciencias. Ese nuevo potencial va a propiciar de inmediato, por supuesto, nuevas empresas para explotarlo. Así aparecen la gran prensa cotidiana, las editoriales populares, el teatro que en Francia llaman «de bulevar», los «salones» de exposiciones de pintura, etc. Es obvio que esas empresas típicamente capitalistas, o sea intermediarias, intentan controlar los intercambios entre el escritor y el público. Y sin embargo, comparativamente, nunca el escritor ha estado más cer-

ca del público. Pues apenas empiezan entonces a consolidarse las dos tendencias que irán interponiéndose cada vez más entre ellos. Por un lado, el Estado no ha visualizado todavía con nitidez una línea política que después se generalizará rápidamente: la de tomar a su cargo, después de la educación del «pueblo», y antes de su salud y su retiro (por lo menos en parte), su actividad creadora misma. Los Ministerios de Cultura y las instituciones de ayuda y fomento de la «creación» están lejos todavía de imaginarse siquiera, a la vez que la literatura se ha convertido en una profesión libre que depende directamente del mercado. Ningún libre mercado, por supuesto, es un mercado libre, y ya dijimos que éste está en manos de las empresas de prensa. Pero tampoco —y éste es el otro lado— se ha consolidado todavía la otra tendencia que distanciará al escritor del público, y que consiste en el espacio cada vez mayor y más poderoso que ocupa el intermediario: la empresa de edición, de prensa, de distribución, de comercialización, de publicidad. Precisamente las obras, y hasta las vidas, de Nerval y sus amigos nos muestran que ese terreno es todavía bastante maleable. La profesionalización no es todavía tan profunda como para hacer incompatibles la actividad del periodista y la del escritor propiamente dicho. A ningún director de periódico se le ocurre todavía, como suele ser hoy regla inamovible, que la primera condición para aceptar un escrito en sus páginas es la total ausencia de valor literario. Tampoco se le ocurre a un editor. El capitalismo es en ese terreno todavía un poco ingenuo y está aprendiendo a detectar la oferta y la demanda antes de saber controlarlas y manipularlas. Es pues un momento privilegiado en que el escritor tiene ya un verdadero mercado, que por supuesto se le está yendo ya de las manos, pero del que no ha quedado todavía tan profundamente despojado como quedará después por el doble crecimiento del poder de las empresas de edición y difusión por un lado, y de las correcciones a la producción y al consumo en ese sector por interven-

ción del Estado, por el otro. El privilegio y el riesgo de aquellos jóvenes de hacia 1840 es que no puede decirse todavía en serio ni que el Estado los «fomente» ni que las grandes empresas los «lancen», a la vez que uno y otras empiezan a fijarse en su «importancia», medida en número de ejemplares vendidos.

Entre sus veinticinco y sus treinta años, un largo amor y una breve relación con la actriz Jenny Colon marcan profundamente su vida. Para ella funda una revista de teatro que se traga la mayor parte de una pequeña herencia (la otra parte se había esfumado en un viaje a Provenza y a Italia). Jenny Colon se casa con un flautista, y Nerval viaja a Alemania con Dumas para preparar una obra de teatro. Un año después, en 1839, está en Viena, donde conoce a la célebre pianista Marie Pleyel y tiene con ella una misteriosa relación, que más tarde transfigurará en la *Pandora*. Es ella la que intercede para lograr la reconciliación amistosa de Nerval y Jenny Colon, que tiene lugar en Bruselas a fines de 1840. Momento de gran intensidad en la vida del poeta: ese año había muerto Sophie Dawes, aventurera inglesa transformada en baronesa de Feuchères y heredera del castillo de Mortefontaine, que había deslumbrado la infancia de Nerval con sus cabalgatas de amazona solitaria por los dulces bosques de Ile-de-France y sus apariciones en las fiestas pueblerinas (es la Adrienne de ««Sylvie»»); Nerval estrenaba en Bruselas una obrita de teatro y se encontraba con sus dos amadas reunidas: gran parte de sus mitos confluían para alzarse en su torno. A principios de año, en pleno y crudo invierno, tiene que interrumpir momentáneamente el hechizo para correr a París a hacer frente a sus deudas y regresar prontamente. En lugar de eso entra en la noche más exaltante: es su primer ataque de locura, cuyos fastos sombríos conocemos por *Aurélia*.

De esa crisis parece haberse recuperado lentamente; sin duda no pertenecía aún del todo a este mundo cuando en él murió Jenny Colon, en 1842. Al año siguiente sin embar-